

Estas hacían alusión á grandes desgracias pasadas cuyo fatal secreto conocía Su Majestad. Luego venía la seguridad de una estimación profunda y la promesa de una protección constante; en fin, terminaba con una autorización formal de llevar el nombre de condesa de la Cruz.

M. Gigant volvió la carta á Aurelia después de haberla recorrido; y no pudiendo ocultar su admiración:

— Desde las primeras palabras que me habeis dirigido, dijo, he reconocido vuestra fuerza, pero ahora me inclino: la fuerza llevada á ese punto, es genio.

— Sois demasiado bueno, dijo Aurelia haciendo una reverencia irónica. Mi secreto es muy sencillo: consiste en no decir nunca más que la verdad, pero no toda entera; es el modo de mentir que han inventado las mujeres, y es el mejor.

Pero volvamos al motivo de nuestra conversación. El tiempo es precioso, y para que nadie sospeche nuestra alianza, esta entrevista será probablemente la sola que tendremos antes del día del triunfo.

Estábamos, creo, hablando del coronel Fritz, á quien es menester perderle sin que nosotros aparezcamos ni el uno ni el otro mezclados en la catástrofe.

¿Donde están las pruebas del nacimiento de Liliás?

— En manos del coronel.

— ¡Qué imprudencia! murmuró Aurelia. — ¿Y no habría algún medio de obtener... una prueba — ¡oh! ¡una prueba bastaría! — de la paternidad del coronel?

— Sí, quizás, por los esposos Gosse, que lo conocen.

— Poneos pues en campaña lo más pronto y discretamente que podáis, pues es menester que vuestro antiguo aliado continúe sin sospechar nada de vos. Yo no me ocuparé de esta parte de nuestro plan, tendré bastante que hacer en otra parte, y os confío enteramente la ejecución, indicándoos el objeto que se debe obtener.

Es menester que el conde de Puysaie comience á tener sospechas de su antiguo amigo, que poco á poco se aumente esta desconfianza por medio de celos sordos, que en fin adquiera la prueba absoluta de la traición del coronel Fritz. Entonces...

— ¿Entonces? preguntó M. Gigant.

— Entonces... le matará.

— El conde es muy débil, murmuró M. Gigant, y el otro muy fuerte.

— ¡No importa! ¡Oh! vos no habeis visto las miradas que se dirigen algunas veces de soslayo esos dos hombres. El conde odia al coronel, os lo aseguro, le aborrece por instinto; ¿qué será pues cuando tenga una razón seria para odiarle?

Sí, el coronel sabe tirar admirablemente la pistola y manejar la espada, pero el otro tendrá en su favor su honra ultrajada, una traición infame que castigar, su mujer y su hija que vengar.

Y yo os digo que, á pesar de su valor, el coronel Fritz padecerá, temblará ante ese ser débil y angustiado, que sus ojos se bajarán y que será muerto como un perro.

— Un cómplice menos, exclamó M. Gigant.

— Un amigo más, añadió Aurelia, pues el conde nos deberá su venganza, la única dicha que le sea posible en lo sucesivo.

XII

LA ÚLTIMA VICTORIA DE AURELIA.

Aurelia se había sentado de nuevo delante de su mesa de tocador, y con el codo apoyado en el paño blanco bordado de encajes, el dedo puesto en el hoyo de su nacarada mejilla, la mirada perdida en el vacío, parecía como que buscaba la continuación de sus palabras.

— ¿Y Matifay? preguntó M. Gigant.

Aurelia se estremeció, como sobresaltada después de un triste ensueño.

— Es precisamente en lo que pensaba, dijo, vos debéis tener algún medio de desembarazaros de él. ¿Cuál?

— Yo no sé, hubiéramos sido inspirados por las circunstancias; por otra parte, entre Matifay y yo hay un antiguo odio, y el odio, aun violento, me detendrá poco, si yo le tuviera alguna vez delante de mí.

Aurelia hizo un gesto de desden.

— Mal medio, dijo, no derramemos sangre, eso mancha; y las manchas se ven; no, no, M. Gigant, los seres como nosotros tienen mejores auxiliares que el puñal ó el veneno: estos medios son las pasiones de sus adversarios. — Ya veis el camino recorrido y las armas que he empleado. — Contra la condesa de Puysaie, el sentimiento de su falta. — Contra el conde de Puysaie, su pasión vergonzosa por Nini. — Contra el coronel Fritz, su traición. — Contra Cipriana, su amor por José. — Y esos auxiliares, M. Gigant, tienen de bueno que no faltan y no se cansan jamás. Podéis ir á vuestros negocios, alejaros, aun desaparecer, ellos continuarán trabajando, sin vos, su obra sorda, y el resultado llega, el plan termina por sí mismo, y la obra queda consumada, la mujer perdida, el hombre muerto, sin que de su muerte ó de su perdición se pueda acusar á otra cosa que á su propia pasión.

Es la pasión de Matifay la que es preciso encontrar.

— Hay, insinuó tímidamente M. Gigant, porque se sentía muy pequeño con sus pequeñas y groseras maquinaciones delante de este maquiavelismo refinado; hay su amor por Cipriana.

— Sin duda, dijo Aurelia ó la condesa de Monte-Cristo, pues es indiferente en lo sucesivo que nos sirvamos de uno ú otro de estos nombres para designarla. También cuento servirme de su amor. Pero este amor, aunque sea una pasión de viejo, es decir extremadamente intensa, no es la pasión dominante de Matifay, y esa es la que debemos buscar. Sí, lo que necesitamos, es la pasión de toda su vida, la que pue-

bla sus ensueños, anima sus días, hace latir su pecho súbitamente, le hace palidecer en medio de las fiestas más brillantes, le hace ruborizarse sin razón aparente cuando una palabra, una asonancia, una semejanza vaga, un encuentro imprevisto y casual le alarma, esa pasión que duerme á veces quizás, pero que no muere jamás. Todo hombre destinado á grandes cosas en bien ó en mal tiene una pasión de esta clase; esta pasión es su fuerza, y se convierte también en debilidad, cuando un adversario bastante sagaz ha adivinado el secreto. Ahora bien, este secreto es menester que lo adivinemos, so pena de encontrar un obstáculo insuperable desde el principio de nuestra empresa.

Volvió á caer en su meditación, y reinó el silencio de nuevo.

— Esa pasión, prosiguió dejando caer sus palabras una á una, creo haberla adivinado; pero me faltan los datos precisos. Esa pasión debe ser el miedo.

— ¡El miedo! exclamó M. Gigant.

— Sí, dijo la condesa inclinándose lentamente la cabeza. También tengo yo mi policía, muy astuta y sagaz, y conozco el reverso negro de la vida tan brillante del baron Matifay. Sé que sus noches se pasan en largos insomnios y tétricos terrores, el secreto de estos terrores é insomnios es el que me falta; y puesto que vos le conocéis desde hace tiempo, — pues es menester que vos le conozcais bien para que entre vosotros haya nacido el odio de que hablabais hace poco, — cuento con vuestro concurso para ayudarme á conocer ese secreto que es el *Sesame ábrete* de su tesoro.

M. Gigant también estaba pálido, y en su frente húmeda se hubiera dicho que el ala fría de la pesadilla de Matifay había hecho pasar su sombra. Comenzó dos veces á responder, pero la angustia ahogaba su voz.

— Debe... debe ser un remordimiento.

— Es probable, dijo Aurelia mirándole con aire distraído. Entonces ¿es pues verdadera la historia de Noirmont?

Esta vez M. Gigant no tuvo fuerza para responder, y se contentó con inclinar la cabeza.

Aurelia hizo como que no veía su turbación.

— Yo la sé muy mal, continuó, — ó al menos la sé como todo el mundo, por la *Gaceta de los Tribunales*; la consulté en aquel tiempo, en el tiempo en que yo era cómica, como los retratos grabados durante el proceso, según la condesa de Rancogne, para representar un drama, — yo no sé si vos lo conocéis, — que ha sido hecho sobre este asunto ó á propósito de esta aventura demasiado real. Tuve entonces el mayor éxito, y sobre todo me dirigieron muchos cumplidos sobre mi semejanza con el retrato de la deplorable heroína. — ¿La habeis conocido vos?

— ¡Oh! sí, exclamó M. Gigant con una entonación de voz que se parecía á un suspiro de horror.

Aurelia se había inclinado delante de su espejo, y parecía ocuparse atentamente de su tocador.

Volvió así casi la espalda á M. Gigant, que no veía ya más que su nuca blanca y gruesa, en parte cubierta por la florada frondosa de sus cabellos medio desatados.

Pero ella, en el espejo, no perdía un movimiento de sus

manos convulsivas, ni un estremecimiento de su rostro arrugado.

Continuaba hablando con el aire más indiferente del mundo, á la par que ponía afeite rojo en sus mejillas, negro en sus cejas y *khol* debajo de sus ojos.

— Era de mi estatura, poco más ó menos, ¿no es verdad?

— Sí... Quizás un poco más alta.

— Es que estoy más delgada... pero con un manto flotante... ¿Rubia?

— De un rubio menos ardiente que el vuestro.

— Bien, de un rubio ceniciento... lo hacen los polvos... aquí los tengo precisamente.

Y la borla sedosa se agitaba en la sombra en derredor de su frente, en el extremo de su brazo levantado.

— ¿Cómo se peinaba?

— Con anchas trenzas, creo.

— Se usa bastante en provincia; vaya por las trenzas, en este caso. No se trata de ser bonita.

¿Y los ojos?

— Azules, ¡oh! de un azul celeste.

— Esto me desarregla, los míos tiran algo demasiado hacia lo negro. Será menester aclarar el color sobre los párpados.

Pasemos ahora á otros detalles. ¿Cómo estaba vestida durante el proceso?

— Muy sencillamente: un vestido negro sin escote, creo, y una pañoleta.

— Yo me la figuro: una pañoleta cruzada á la María Antonieta. Si fuera acusada de un crimen, así es como yo me pondría: esto despierta tiernos recuerdos y entenece á los jurados. — ¿Y en la cabeza?

— Un simple velo negro.

— ¿De encaje ó de tul?

— De encaje.

La última respuesta de este interrogatorio cayó de los labios de M. Gigant como un grito de gracia. El espectro que él evocaba, cuyo traje detallaba con la minuciosidad de un juez de instrucción, ó como un narrador de novelas, también él, como Matifay, le había visto aparecer con frecuencia en sus ensueños. Solamente, él tenía que hacer su fortuna, que andar sus intrigas, que tender sus lazos y asechanzas. No había, como el baron, llegado á conseguir el logro de todos sus deseos, de todas sus ambiciones, no tenía tiempo de recordar todo aquello.

Cuando esta imagen lúgubre de su víctima se presentaba en su espíritu, podía aun expulsarla, no volvía sino de tarde en tarde, y hoy estaba forzado á fijar su atención en aquel odioso objeto, á responder punto por punto á cada una de las cuestiones planteadas, á decirse:

— Vamos, ¿usaba un vestido negro ú oscuro? ¿un velo de encaje ó de tul? ¿Cómo eran sus ojos? ¿su boca? ¿su sonrisa? ¿Cómo arreglaba sus cabellos?... ¿Qué sé yo? y la memoria inexorable del miserable le respondía con implacable exactitud:

«Él también, sin duda un día, como Matifay, no tendría necesidad de esta ocasión fortuita para acordarse.»



La aparición.

Tuvo un sobresalto. La voz de la condesa de Monte-Cristo se elevaba, clara é indiferente, para hacerle una pregunta :

— Nada me habeis dicho de su modo de andar.

— Lento y noble como el de una reina.

— Se representó la tragedia en aquel tiempo, dijo Aurelia riéndose, y se sabe cómo marcha Andrómaca. ¡Ah! una palabra mas, ¿no habia en ella... no sé cómo deciros, en su rostro ó en sus maneras, ó en sus gestos, un signo particular, alguna cosa, en fin, que no perteneciera mas que á ella, por decirlo así?

— En los últimos tiempos, balbuceó M. Gigant, tenia siempre un libro de oraciones ó un rosario en la mano.

— Son objetos poco comunes aquí, lo confieso, dijo Aurelia, pero hoy este collar me servirá de rosario... Y ahora, ¡arriba el telón! — ¿Qué os parece?

Se habia vuelto bruscamente, y pálida, con el velo negro levantado sobre su frente, el ojo fijo, la mano tendida como

para designar y perseguir á un culpable, marchaba hacia M. Gigant.

Este se levantó lentamente, lleno de horror, con la boca abierta y sin poder gritar; alejándose hacia atrás delante de la aparición terrible; pero esta marchaba siempre y lo llevó hasta el hueco de la ventana. Entonces, asiendo las cortinas para no caer de rodillas, gritó :

— ¡Gracia! Elena; ¡gracia!...

Con una gran carcajada le respondieron :

— Vamos, parece que en el tiempo en que cultivaba el arte de Rachel y de Jorge, yo no ganaba en balde los honorarios de mi empresario, que por cierto no me los pagaba sino en papel.

¡Pardiez! qué efecto de primer ensayo general. Esperemos que la primera representacion será buena.

Al oír estas palabras por lo menos singulares en boca de un fantasma, M. Gigant levantó los ojos.

No habia ya fantasma.

El velo negro, bruscamente arrancado, yacia á un lado sobre el tapiz, la mantilla sombría al otro, y mostrando sus treinta y dos dientes blancos como perlas, Aurelia se torcia de risa.

— ¿Estabais tambien mezclado en esa historia, mi querido M. Gigant? yo no lo sabia, no habiendo visto figurar vuestro nombre en los debates de la causa.

Y de repente, se puso seria.

— Hé ahí lo que nos prueba la imprudencia que ibais á cometer tratando de desembarazaros de Matifay por la violencia.

¡Qué diantres! el puñal es brutal : se busca al que ha podido servirse de él, y cuando se busca bien, se encuentra. El veneno, aun peor. La víctima no siempre muere del golpe; habla, y soy de parecer que, en el caso de que se trata, tendria cosas curiosas que decir.

M. Gigant temblaba todavia en todos sus miembros.

Y balbuceó :

— Teneis razon.

Aurelia le dirigió de reojo una mirada de indecible compasion y de profundo desprecio.

— Si una semejanza teatral y grosera ha podido producir sobre vos que sois tan fuerte, bravo y nada supersticioso, tal efecto, ¿qué poder no ejercerá sobre un pobre anciano temeroso y pusilánime como el baron? Por otra parte, su alma está preparada y quizás, en sus largas noches de ensueños, ha visto ya pasar detrás de sus cortinas á alguno que se me parece. Se mata con esto mas seguramente que con el cuchillo, la bala ó el arsénico, mi querido M. Gigant, y á esta hora, estoy segura, Matifay está condenado.

Segun iba hablando, se despojaba poco á poco de su traje para volver á tomar su peinador de encajes, y sus hermosos hombros, provocadores por su blancura, se mostraban sin velo á los ojos fascinados de M. Gigant.

Se volvió sonriéndose hacia él y añadió :

— El éxito es inevitable. Podeis desde hoy pensar en el canastillo de nuestras bodas.

M. Gigant no tenia ya miedo, aunque, en todo su cuerpo, un temblor convulsivo y nervioso persistiera. Se precipitó hacia la mano tendida de Aurelia.

Ella le detuvo con un gesto.

— Esperemos, dijo con aire lánguido, y al dia siguiente de la victoria, la recompensa reciproca que nos daremos no será mucho mas preciosa.

Se envolvió casta y friolentemente en su peinador de Alençon, y M. Gigant no pudo besar mas que la punta de sus dedos rosados.

Estaba tan turbado, tan trastornado por su terror reciente, por su vértigo de ahora, que no sintió estremecerse aquellos dedos de indignacion en sus labios.

O si sintió este estremecimiento, quizá se dijo : Es el amor.

Espanto, admiracion entusiasta, fiebre de los sentidos delirantes, no sabia de cierto lo que le inspiraba la bella criatura; como el pájaro fascinado por el reptil, se decia :

— Quizás es mi pérdida.

Mas sin embargo no podia librarse de la fascinacion.

No se matan los viejos amores. Amaba siempre á Elena, este hombre que la habia deseado hasta el crimen; ¿y quién sabe si no era á Elena todavia á quien deseaba á través de Aurelia?

¿Quién sabe si esa semejanza, en la cual no pensaba, sino con indecible horror, no era justamente el móvil mas poderoso de aquel atractivo al cual sentia que ya no le seria posible resistir?

Entretanto Aurelia, despues de un acceso de alegría intempestiva, habia vuelto á ser tal como se habia mostrado al principio, tranquila, fria y resuelta.

— No quiero, M. Gigant, dijo, haceros contraer desde hoy un compromiso apresurado del cual quizá mañana os arrepentiriais.

El hizo un gesto violento negativo.

— Os he descubierto mis proyectos en toda su extension y en todos sus pormenores, primero porque deseaba convencerlos, en seguida porque me era indiferente (si por casualidad llegábamos á ser enemigos) que los conocierais todos mas ó menos completamente.

Desde el momento que conociais mi existencia, me erais tan peligroso como sabiéndolo todo.

Lo que ahora deseo, es que, desde que marcheis conmigo, no tengais vacilacion alguna, ninguna mirada retrospectiva, ningun pesar de vuestros antiguos proyectos. Pido mucho, pero daré mucho mas.

De modo que vuestro compromiso no datará sino del dia en que veais á Cipriana enlazada con el baron de Matifay, á fin de que no tengais ocasion de dudar de un poder que no conoceis todavia sino por mis afirmaciones.

Habiendo hecho eso, creo que os habeis convencido de que puedo hacer lo demas.

Desde ese dia, por ejemplo, es menester que seais todo mio y todo de nuestra obra. Sin lo cual... ¡Y bien! conozco tambien vuestra pasion dominante, mi querido M. Gigant; habrá una víctima mas, y hé ahí todo.

Decia esto muy tranquilamente con una autoridad plácida y poco jactanciosa, y M. Gigant, tan altivo é independiente con sus antiguos cómplices, no sentia en sí ni el poder ni aun el menor deseo de una rebeldia.

— Queda pues bien decidido; ahora convengamos en nuestros hechos y papeles respectivos, pues, os lo repito, toda entrevista entre nosotros dos seria peligrosa antes del éxito definitivo.

Yo me encargo del consentimiento de madama de Puy-saie;

De Nini Moustache y de Ursula, de quienes os suplico no os ocupeis mas;

En fin, del baron de Matifay y de Cipriana.

Hé ahí mi parte de trabajo. Ahora, decid la vuestra para ver si me habeis comprendido y si no olvidamos nada.

— La mia, dijo M. Gigant, consiste en permanecer aparentemente en alianza y amistad con el coronel Fritz, en hacer nacer entre él y M. de Puy-saie, por los medios que me parezcan mejores, primero un odio sordo, luego una

contienda de donde resalte con evidencia la traición de Fritz.

— Es justamente eso, dijo Aurelia con una sonrisa de aprobación. Todavía algunas palabras más :

Desde mañana, no solamente la Aurelia que os habla, sino también la señora condesa de Monte-Cristo, van á desaparecer de París. El palacio de la condesa quedará pues vacante y dispuesto á ser alquilado con sus muebles que son muy lujosos.

Por otra parte, el barón de Matifay que cree su casamiento diferido indefinidamente, ha suspendido los trabajos del palacio suntuoso que hacia construir en la avenida Gabriela para pasar en él su luna de miel.

En cuanto al palacio de Puysaie, antes de dos meses, lo sabeis, será adjudicado al mejor postor.

Ahora bien, es menester ¿lo entendéis? es menester absolutamente que mientras se construye definitivamente su propio palacio, M. Matifay alquile el de la condesa de Monte-Cristo.

A vos os toca insinuar hábilmente esta idea al coronel Fritz, inventando un pretexto á sus ojos para establecer una absoluta necesidad de ello, y ninguna duda cabe que á su vez se la comunicará á su amigo el enamorado barón, que se apresurará á ejecutarla para complacer á Cipriana.

Creo que es todo : — ya veis que no hay nada mejor como explicarse para entenderse ; — vos veniais aquí como enemigo, yo os miraba con desconfianza, y ahora nos separamos uno de otro, el uno y el otro fuertes.

Ahora adios... ó mas bien hasta la vista.

Este « hasta la vista », acompañado de la más seductora de las sonrisas, penetró en lo íntimo del corazón de M. Gigant. — Este « hasta la vista » ¿no era, en efecto, una deliciosa promesa?

En aquel retrete encantador todo hablaba; la voluptuosidad penetraba en los nervios por todos los poros, por el olfato, que enardecían mil emanaciones indecisas y alucinadoras, por los ojos, á los que la luz opaca invitaba á la somnolencia, por los oídos, que ningún ruido exterior podía herir en este sitio, en fin y sobre todo por el yo no sé qué lleno de enervamiento, de languidez y de amor que parecía emanar de la dueña de la morada.

M. Gigant no reflexionaba ya, no pensaba ya, no razonaba, estaba ébrio. — Si Aurelia le hubiese dicho : — Es menester morir, sin ninguna duda hubiera respondido : — Que yo muera.

Que yo muera, con tal de que vos me tendais aun esa mano, con tal que de nuevo la sienta yo entre las mias, con tal que mi labio bese de nuevo la extremidad de esos afilados y blancos dedos.

Pero la mano no se tendió, fué menester que por esta vez M. Gigant se contentara con esa palabra tan melosamente modulada :

— Hasta la vista.

XIII

LO QUE CUESTA UNA VICTORIA.

Cuando la puerta del retrete de Aurelia se cerró detrás de M. Gigant, cuando el ruido de sus pasos en el pavimento de la antesala dejó de oírse, la condesa, anonadada por el largo esfuerzo que acababa de hacer, se dejó á su vez caer en el sillón que él había ocupado.

Es que al evocar un fantasma ante los ojos aterrorizados de aquel hombre, había evocado también uno terrible para sí misma : su pasado.

Había tocado, había osado tocar á esos dolorosos recuerdos, y no había llorado, gritado, sollozado en las tristezas de su corazón.

¡Había tenido el valor de reír, de relatar con sangre fría esas habladurías cínicas, de representar la comedia en medio de este drama, de decir « amigo mío » á ese asesino; de dejarse besar la mano por ese monstruo, de poner sus brazos acariciadores sobre los hombros del asesino de su marido y de su hermano!

¡Había hecho esto y no estaba muerta!

A esta hora pagaba caramente su valentía.

¡Pobre velo negro, mantilla de la condenada, queridas reliquias veneradas, con qué ardor os besaba, con cuántas lágrimas no os regaba!

La puerta había vuelto á abrirse despacio : José, con las manos pendientes, permanecía en pie delante del sillón y contemplaba.

— Ya os lo había yo dicho, Elena, que este esfuerzo era demasiado pesado para vuestro valor.

— ¡Ay de mí! sí, suspiró, ¡tenías razón, José! siento que Dios se separa verdaderamente de mí; yo no me creía ya fuerte sino para el perdón y lo soy aun para el odio. ¡No! ¡no! el deseo de la venganza no se ha extinguido en mí; en presencia de ese hombre lo he sentido despertarse feroz, me ha parecido que mis queridos muertos me gritaban : Castigale.

Sí, he sentido que una áspera alegría me mordía el corazón, cuando le he visto aquí mismo pálido, amedrentado, encorvado bajo mi mano tendida, como si esta mano débil hubiese caído sobre él con todo el peso de la justicia divina.

— Es que en efecto, Elena, repuso José con voz grave, vos sois uno de los instrumentos privilegiados de esa justicia; vuestra misión os arma con una espada de doble filo, que es menester sirva á la par para libertar y para castigar. La una de las tareas vale la otra, creedme: el juez que condena cumple una obra tan noble como el sacerdote que ab-

suelve. — Nada de remordimientos, seguid vuestro camino y no desviéis vuestro pié clemente porque encontréis un escorpión.

Ella escuchaba, enteramente absorbida por su meditación interior.

— ¡Oh! murmuró estremeciéndose, no solamente es eso, ¿comprendes? sino no ser ya un ser viviente como los otros, susceptible, como los demás, de tristeza y de alegría : venir á ser el fantasma del pasado, encarnar el espectro desesperado del remordimiento, transformarse en una aparición de pesadilla y atravesar la vida arrojando á manos llenas el terror y la locura, hé ahí lo que he resuelto, hé ahí lo que voy á hacer, yo que creía no tener que derramar en derredor de mí sino el consuelo y el sosiego.

Hoy vuelvo á morir por segunda vez; me despojo de todas esas apariencias que me adherían al mundo de los vivos. Dentro de algunos días, la condesa de Monte-Cristo no existirá ya sino en la memoria de los que la han conocido; la brillante y fastuosa Aurelia habrá pasado como un meteoro; los pobres no verán ya deslizarse á lo largo de las paredes la dulceta color de hoja seca de la buena madama Lamouroux, y no quedará entonces sino un triste ser sin patria, sin familia, sin nombre, la imagen de la muerta que duerme para siempre en la tumba deshonrada del cementerio de Limoges.

¡Pues bien! sea así, puesto que ellos me obligan, puesto que alternativamente la condesa de Monte-Cristo, Aurelia y madama Lamouroux, esa triple encarnación de la misericordia, los han encontrado de través para contrariar su obra, ¡sea! esas imágenes clementes harán lugar á una imagen implacable. La piedra de la tumba en donde yo había creído sellar para siempre mi odio, se levanta, el espectro sale : ¡No haya gracia para los malditos!

Luego se sentó á un pequeño escritorio de concha, una maravilla de arte que se encontraba allí, y se puso á escribir precipitadamente, como si no hubiese querido dejar ningún intervalo entre su resolución y el cumplimiento de ella.

Las almas más fuertes tienen desfallecimientos; quizás tenía ella miedo de cambiar, de retroceder ante la lucha y la prueba.

— Estas cuatro palabras á mi notario, dijo, con el tono breve de un capitán general de ejército que dá órdenes á sus ayudantes de campo.

El palacio de Monte-Cristo debe ser puesto en venta desde esta noche.

O más bien, no, dijo retractándose después de un momento de reflexión; en alquiler solamente, tal como está amueblado, — y en disposición de habitarlo inmediatamente. — Añadireis verbalmente, M. José, para explicar esta resolución repentina, que la condesa de Monte-Cristo parte para un viaje cuya duración ignora aun, y que no se reserva en el alquiler más que el pabelloncito de la extremidad del invernadero.

Es preciso también determinar acerca de la suerte de Ursula.

— Se piensa en ello, dijo M. José sonriéndose; Clemente

y la bondadosa Rozel hacen maravillas y todo va bien, por esta parte á lo menos.

— En ese caso, replicó Aurelia, la obra de madama Lamouroux está terminada, tanto mejor; pues me parece que con las nuevas ideas que me llenan el alma, mancho hasta el bien que pudiera realizar. Haced pues de manera que Rozel vuelva lo antes posible á ocupar su puesto en la calle Vivienne, y arreglad entre ambos la razón para explicar la desaparición de la señora viuda Lamouroux.

A las primeras órdenes de Aurelia, José no había respondido sino con una profunda inclinación de cabeza; pero esta vez su voz se elevó respetuosamente desobediente.

— No, Elena, Rozel no volverá. La conversión de Jacquemin está en buena vía, pero no es bastante sólida todavía para que se pueda uno fiar absolutamente en él antes de poner entre sus manos, si hay lugar, la dicha de Ursula; le reservo una última y decisiva prueba. Por otra parte, — y su palabra tomó un tono enternecido, casi filial, — por otra parte vos misma, en el momento de entrar en esta nueva fase, ¿os sentís bastante segura de vos misma? Os conozco, Elena, el odio no basta para llenar toda vuestra vida, os hace falta un rinconcito reservado al amor.

Vos os habeis impuesto, querida santa, el sublime deber de proteger y salvar á los otros; yo me he impuesto el de protegeros y salvaros á vos misma.

— Gracias, dijo la condesa meneando la cabeza, gracias, mi buen José; pero esos milagros no son de los que se hacen dos veces. Tú me has salvado la primera, porque no se trataba de combatir más que á enemigos invencibles, es cierto, solo en apariencia; pero de quienes se triunfa siempre con un corazón recto y una voluntad enérgica; hoy te estrellarías contra ese escollo, porque se trata de salvarme de mí misma.

— ¿Quién sabe? dijo José con su suave y fina sonrisa. Yo no os pido más sino que tengáis confianza durante algunas semanas todavía, y en seguida os doy la recompensa de vuestra obediencia.

— ¿En seguida? preguntó la condesa admirada, ¿una recompensa?...

— Y ¿qué otra mejor recompensa digna de vos, que una buena acción que cumplir? Ensayad, haced la prueba solamente, y mirad bien si, en ese corazón entregado enteramente á la venganza, no queda algún hueco para la compasión.

La condesa no pudo menos de sonreírse del tono dulcemente irónico de la frase.

— ¿De qué se trata?... preguntó.

— De la Pippione. Esa pobre niña no tiene ya á nadie, ahora que nosotros le hemos privado de Ursula. No podía dejársela, según lo mala que estaba, en poder de su brutal patron, y me he tomado la libertad de llevarla á casa de madama Lamouroux. Ya veis pues, que madama Lamouroux no puede marcharse teniendo todavía que consolar, y aun quizás que salvar á esta desgraciada criatura.

— Tú dices « quizás », replicó la condesa de Monte-Cristo; ¿es que tan mala está?